

# Cambio Social y Salud Mental

## La Salud Mental en la vida social contemporánea

Dr. HERNAN ROMERO \*

*Las sociedades parecen ser singulares y han de estudiarse separadamente.*

Hasta una época reciente, el sanitario propiamente tal pudo ocuparse de la higiene de la mente apenas de soslayo. Pesadamente cargado con los problemas de la salud física y del enorme volumen de morbilidad prevenible no le estuvo éticamente permitido desplazar su atención hacia problemas de magnitud indesignable y cuya importancia no pudo justipreciar. Sabía que, en salubridad, es relativamente habitual trabajar y aun obtener éxitos sonados a base de nociones precarias y hasta equivocadas. Había verificado, además, que, en la esfera inmaterial, las definiciones de psicopatías son insatisfactorias y enormemente insuficientes, los conocimientos sobre etiología (o sea estudio de las causas de enfermedades, preferentemente; pero también de las costumbres y otros fenómenos).

Sus colegas médicos e investigadores demoraron siglos en superar los conceptos de patología que les enseñó Morgagni o de causa específica que inició Pasteur para aceptar que hay desarreglos funcionales con conservación aparente de la estructura física y otros en que los agentes o los mecanismos mórbidos pueden ser varios y conjugarse. Practicada con criterio epidemiológico, la mera investigación de los males mentales está erizada de dificultades, por esas razones y por la multiplicidad de los factores en juego.

Se ha aseverado que la cirugía puede ser internacional, pero no la psiquiatría. En verdad el hombre se parece substancialmente, en todas las latitudes, en sus reacciones frente a la agresión física y biológica y sus diferencias parecen susceptibles de explicar, invocando mecanismos genéticos o ambientales. A la inversa las sociedades parecen evidentemente singulares y acaso por ignorancia, de una diversidad aparentemente sutil e inasible. Puesto que se las comprende mal aún en condiciones de supuesta sanidad, no es arduo imaginar lo que está ocu-

Para muchos sería prematuro ocuparse de la salud mental cuando en nuestro país la mortalidad infantil. La incidencia de infecciones entéricas y otras, como también la brevedad de nuestra expectativa de vida, denuncian que no hemos corregido aún nuestros defectos básicos.

El autor rebate este punto de vista, pues es evidente que la sociedad chilena está experimentando transformaciones que por desgracia no han sido observadas acuciosamente, y que dichos cambios sociales y económicos están generando una patología mental distinta y más abundante. Urge, entonces, emprender estudios que permitan explorar todo este amplio territorio de la patología mental.

riendo ahora que Moreno y otros hablan de sociatría, de sociedad enferma.

Los estudios antropológicos son muy recientes y adolecen de ciertos defectos genéricos. De ordinario sus cultores buscan los rasgos peculiares y los especímenes extraños —como el cazador de mariposas— más que los hechos menos exóticos y más significativos; por otra parte, los comparan constantemente con los registrados en su propia colectividad, que asumen como norma. La civilización occidental ha estado imponiendo apresuradamente sus valores intelectuales y sus sistemas. Muchos de estos injertos no prenden y son simplemente rechazados; otros acarrear efectos mucho más deletéreos.

En Asia y Africa se encuentran a menudo nativos que abominan de los misioneros cristianos. Los críticos no son invariablemente sectarios y en cambio, suelen ser individuos cultos y sensibles. A riesgo de simplificar, su hostilidad proviene de que ven en ellos importadores de ideas y prácticas foráneas, que intentan inyectar a la fuerza. Por otra parte hacen mofa o condenan las prácticas locales, muchas de las cuales datan de siglos y se han incorporado en la ética o en las religiones.

Con amable galanura los japoneses afirman que, midiendo la longitud del tallo del loto, se puede apreciar la profundidad del agua; pero no de la mente humana, por ninguno de los métodos en uso. Aceptamos que las hay hondas y superficiales, sencillas y complejas, fuertes y débiles y que todas las reciedumbres son susceptibles de quebrantar. Depende de la violencia, o de la frecuencia de la coacción, o de que se sumen, o se multipliquen las tensiones. Qui-

\* El Dr. Romero es colaborador habitual de nuestra Revista. Su último trabajo "Organización y desarrollo de la comunidad vistos por un sanitario" fue publicado en el Vol. V, Nº 4 de CUADERNOS-MEDICO SOCIALES en el que pueden encontrarse sus principales datos biográficos.

zas es así; pero para aceptarlo hay que inclinarse ante las opiniones de los técnicos o ante la interpretación de los acontecimientos, pero no ante datos y hechos debidamente registrados.

Según Einstein el agua es lo último de que toma noticia el pez que nada en la profundidad. El hombre contempló las estrellas antes de escudriñarse hacia adentro. La misma idea de retrosección resulta chocante aun para pensadores muy modernos y puramente declamatorio, el consejo: conócete a ti mismo. Salvo que se desarrolle muy pujantemente la psicología experimental, la antropología y las ciencias de conducta en general, o que se descubran otras técnicas de exploración, parece improbable que el hombre llegue a saber cómo funciona su propia mente.

Rees anota que el prejuicio es una enfermedad tremenda, endémica y epidémica. En la Alemania de Hitler costó millones de vidas y otros antagonismos raciales siguen arrojando víctimas en el Congo, la República de Sud África, en el sur de Estados Unidos y con menor magnitud, en otras partes. Los hay también de órdenes religioso político y muchos más. Fuera de matar, originan enfermedad, desadaptación y desgracias; pero nadie los ha medido ni estimado cabalmente.

*Los cambios de estructuras acarrear tensiones de inseguridad.*

El matrimonio suele ser una fuerza estabilizadora, pero también origen de muchas tensiones. Los franceses han descrito la folie à deux, en la cual uno de los cónyuges ejerce suficiente soberanía sobre el otro como para descarriarlo en el mismo sentido suyo. No es siempre el hombre. Los defensores del divorcio sostienen que esta solución es mucho mejor que los antagonismos y las querellas a repetición. Se acepta fundamentalmente que las anomalías mentales y las hospitalizaciones por este motivo son más frecuentes en los solteros, viudos y separados de ambos sexos. La soltería puede, eso sí, ser causa o efecto y puede asimismo que la falta de cónyuge obligue a recurrir a un establecimiento, porque carece de atención en casa. En las instituciones para enfermos mentales de Tailandia—cuya psiquiatría ha progresado más de lo que corresponde al nivel general del país— los hombres doblan a las mujeres: pero aquí influye, seguramente, un artificio de la civilización.

Mas de algún educador ha desafiado a que le entreguen precozmente criaturas que provengan de cualquiera combinación genética, porque se las puede moldear como blanda cera. El hombre sería el artefacto más precioso de una cultura; de ordinario influiría sobre los demás y casi nunca dejaría de ser influido. Las coacciones culturales serían más eficaces que otras cualesquiera. Con evidente parecido en la composición racial y en las tradiciones y productoras

importantes de vinos de excelente calidad, Francia sería unas cinco veces más alcohólica que Italia y Gran Bretaña tendría, proporcionalmente, una fracción de los toxicómanos que registra Estados Unidos. Bastante menos escondida, se desconoce también la magnitud y las características de la prostitución en las diferentes naciones. Son muy engorrosas las explicaciones que se ofrecen para los contrastes flagrantes entre unas y otras.

Por la mera influencia de la educación primaria obligatoria se ha dejado caer en el canasto de los retardados mentales a muchos niños que, de otro modo, habrían engrosado las filas de los trabajadores menores y en caso de sobrevivir, de los obreros no calificados. Puede que en los consultorios de orientación infantil de Inglaterra se estén tratando hoy muchos muchachos que, hace apenas un siglo y medio habrían ido a la horca por ladrones o rateros. Entre los cientos de miles de esclavos cuyos músculos construyeron las pirámides de Egipto deben haberse enganchado muchísimos siervos que, en otras circunstancias, habrían sido desadaptados. Seguramente no se conducían de modo muy distinto que sus compañeros de cautiverio. Si en el Oriente se dejaran de usar los *rickshaws* y en los países insuficientemente desarrollados cesara el individuo de ser bestia de carga para los efectos de levantar pesos o arrastrar cargas, se liberaría una cantidad considerable de sujetos que, a menudo, no encontrarían un hueco conveniente en la colmena humana de hoy.

Parece incuestionable que, en muchos sitios, está aumentando la delincuencia infantil y la correspondencia del servicio sanitario de la ciudad de Nueva York luce, a veces, en el sobre, un timbre que nos recuerda que a ella conducen los hogares rotos. En esa metrópolis hay establecimientos de educación secundaria que ofrecen las características atribuidas a la selva y que la selva no tiene. Aquí no se ataca sin propósito útil y no se mata sino por necesidad. Como ha comentado un africano que ha vivido en la algaba y la ama, únicamente el ser humano ultima más presas de las que exige su alimentación. Cuando no lo conocen, tampoco lo temen los animales salvajes y sólo lo evitan, huyen o lo agreden, cuando la experiencia colectiva les enseñó a considerarlo enemigo real o potencial. En ellos como en nosotros, autores actuales reconocen una memoria social subconsciente.

En la jungla de una escuela pública de Nueva York suelen cometerse delitos totalmente inmotivados y sin otro objetivo que lesionar. Recientemente una pandilla de adolescentes chilenos obligó a desnudarse en la calle a un anciano y uno de los energúmenos le practicó dos largas heridas a cuchillo con el fin declarado y simple de "marcarlo". En un plano mucho más

intelectual pero no mucho menos hostil, se sitúan los jóvenes coléricos y los rebeldes sin causa que se sublevan contra la sociedad y no quieren cambiarla, sino quebrarla.

No hay duda que la adolescencia es una edad particularmente peligrosa, cuyos riesgos los padres y los profesores suelen agravar. Al muchacho que está experimentando una revolución fisiológica y psicológica, se le trata como niño y se le pide buen control y juicio maduro. No saben cómo desprenderse sin violencia, del tronco familiar; probablemente está en el colegio y va tiene amigos en la universidad o en el mundo; busca aturdidamente un sistema de valores básicos distintos que los de su niñez y se le ofrece entretenimientos cuando quizás demanda otros incentivos o que se le entregue responsabilidad. Por lo demás precisa prepararlo para afrontar un mundo que avanza a zancadas y cuyas características futuras no cabe prever. Cambios y descubrimientos que tomaban siglos ahora se desencadenan a intervalos de años y muchos se comprimen en una vida individual. La capacidad para transmitir conocimientos, creencias y conducta, acumulados secularmente, que se califica de herencia externa y es privilegio exclusivo de nuestra especie, se está tornando, de cierto modo, en maldición.

#### *La vida sexual y sus repercusiones.*

La higiene mental sólo es posible si se toma debida consideración de los modos de vida de los pueblos. En Chile se promulgó, en 1925, un Código Sanitario, que se denominó de Long, por el nombre del experto americano que lo inspiró. Se dice que no logró entrar en funciones porque prohibía la prostitución, que era indispensable, dada la fogsosidad de los ciudadanos. Por algo San Agustín la calificó de repulsiva, pero afirmó que evita la polución de la sociedad. Santo Tomás de Aquino la comparó con las alcantarillas de un palacio: si se obliteran, el aire hiede y daña. Se dice también que entonces aumentaron las infecciones venéreas, lo que no es sorprendente. Para cumplir los preceptos de la ley, la autoridad se limitó a cerrar muchos lenocinios y echar las mujeres a la calle. Como son ordinariamente retardadas, perezosas y analfabetas, no pretenden siquiera desempeñar otra actividad y acudieron a las salidas de las fábricas o de los liceos y se tornaron todavía más promiscuas. Esencialmente razonable y conveniente, la medida propuesta por Long resultó contraproducente y no logró imponerse.

En más de alguna nación la trata de blancas es una empresa organizada. Sus amos las administran como caballos de carrera. Artículos mobiliarios, las suelen desplazar como una *troupe* ambulante. Su prosperidad depende corrientemente de la protección activa o pasiva de la policía. Es un medio en que prevalecen

no sólo las enfermedades venéreas, sino también el *chantage*, las toxicomanías y los crímenes, menores o mayores. No es raro que las colectividades adopten medidas represivas o punitivas para contrarrestar la indecencia en público o las seducciones ostensibles, pero muy pocas han afrontado el asunto como uno de los problemas principales de salud mental.

La prensa internacional se ha recargado recientemente de noticias sobre el enjuiciamiento de la legislación en materia de homosexualidad, que ha emprendido Gran Bretaña. Se supo que allí acostumbraban llamar el Acta respectiva "la ley de *chantages*", porque alrededor de un 90% de los juicios de este orden se entablan por abusos inferidos a personas con aberraciones sexuales. A manera de solución se propuso que no fuesen punibles estas relaciones si se conciertan entre mayores de 21 años, por libre consentimiento y con el debido decoro. Se objetó naturalmente la inconsistencia en el límite de edad, abundaron los argumentos en sentidos dispares y seguramente no se ha dicho la última palabra. No huelga anotar que esta práctica o esa anomalía, que las civilizaciones han estimado de muy distinta manera, es, a todas luces, fuente de muchas tensiones y muchos infortunios y nunca ha sido escrutada con suficiente prolijidad.

#### *Habeas Corpus y Habeas Mentem.*

Aldous Huxley recuerda que, en el *Habeas Corpus*, se asegura el derecho a la libertad porque el juez está autorizado para exigir al carcelero la presencia física o corporal del preso, que pudo hallarse recluso arbitrariamente. En cambio no hay *Habeas Mentem* y muchos se encuentran realmente aprisionados por la comunidad, la familia u otra fuerza constrictiva. Hitler llevó la servidumbre espiritual a un grado difícil de concebir y Alberto Speer, Ministro suyo, confesó, en Nüremberg, que, efectivamente, las técnicas permitieron privar a millones de hombres de pensamiento independiente. Es posible que algo semejante ocurra en otros regímenes totalitarios. En su "Mil Novecientos Ochenta y Cuatro", Orwell describe el manipuleo de la mente mediante diversos sistemas de sugestión monótona, repetida y acondicionadora.

Mas de algún psicólogo y de algún dirigente están hoy seriamente preocupados por la acción deletérea de la propaganda. En la radio y en la televisión, se han introducido los avisos cantantes, los proyectores "subliminales" y otros mil trucos cuya discusión detallada no es de este lugar. De todos modos es, declaradamente, una industria productora de "conservas de persuasión". Las firmas comerciales de la Avenida Madison, en Nueva York, que obtienen provecho ingentes por sus esfuerzos para imponer los productos de sus clientes, sean ellos automóviles o desodorantes, sostienen hoy generosa-

mente "investigaciones de conducta y de motivación". Pretenden saber, un día, cómo reacciona y cómo se conduce el público frente a los distintos recursos de que echan mano los aviadores.

Mientras tanto el hombre de la calle está solicitado no sólo por la presión tremenda que ejercen los grandes sistemas ideológicos y políticos que dividen actualmente el mundo, sino también por la metralla de estímulos de todo orden que emanan de esos dos orígenes y también del cinema, la prensa y la literatura. En los ejércitos de la última guerra se ensayó enseñar el manejo práctico de idiomas extranjeros, colocando altoparlantes diminutos en las almohadas. Parece que únicamente en el sueño profundo se está a cubierto de este tipo de excitación, pero que en las zonas de penumbra se entiende y retiene. Naturalmente constituye un procedimiento peligrosísimo, que el propio Huxley ha propuesto prohibir.

Los educadores nos están advirtiendo que el cinema produce, en los niños de corta edad, individuos indolentes, pasivos y superficiales, que rehuyen la realidad y demuestran poca capacidad de atención y de retención. De todos los ángulos surgen advertencias sobre el mal ejemplo que, en épocas ulteriores, importan películas de distinta clase. Sea como fuere, no queda margen para la duda de que la censura cinematográfica no ha dado en el clavo y hasta cabría sospechar que, en total, haya podido ocasionar más perjuicios que beneficios.

#### *Toxicomanías, tranquilizadores y alucinógenos.*

En 1956 los tranquilizadores invadieron el Japón con la violencia arrasadora de un tifón y a poco andar se reclutó ya un millón de adictos a la anfetamina en sus distintas formas. Los anuncios de los sedantes modernos del sistema nervioso son profundísimos, según observación personal. De la puerta de las farmacias emerge la imagen de cuerpo entero de una jovencita linda y con sonrisa seductora que aconseja al peatón: "Tome dos tabletas de *tranki* y pase usted el día", como si se tratara meramente de seguir adelante y llegar a la tumba. Nadie precisa, por otra parte, soportar la menor tensión: basta repetir la dosis hasta que la serenidad inunde nuevamente al sujeto. Se diría que se avecina el Nirvana en que se sumergirán todos.

Si bien la cordura conforma una característica nacional, la vida cotidiana importa tanto esfuerzo y menudean tanto las calamidades naturales que los nipones son víctimas muy propicias. En cambio los psiquiatras no tienen, virtualmente, práctica ni consultorios privados, porque una civilización tan material determinaría menosprecio de los fenómenos y desarreglos mentales. La explicación es simplista, a todas luces.

Según el Servicio Nacional de Salud de Gran Bretaña, dos de cada diez de sus prescripciones contienen barbitúricos. En ellos la nación gasta anualmente uno y medio millones de libras y cincuenta toneladas. En una caricatura de la revista *New Yorker*, figuró recientemente un individuo bien alimentado y bien vestido y a ojos vistas, decente y opulento, que se confunde con una multitud anónima. Con signos evidentes de conjeturar, contempla una máquina de expendición automática que ofrece miltown, fenobarbital, doriten y benzedrina. Parece preguntarse si requiere, a fin de pasar el día, estimularse para funcionar con más eficacia o sedarse para olvidar y aquietarse. En esta nación, tres o cuatro de cada diez recetas ordenan tranquilizadores y en un año se vendieron más de mil millones de tabletas de meprobamato. Se asegura que la aspirina forma siempre parte de la lista de compras de la dueña de casa que va al supermercado. Entre los suizos de habla alemana abundan los adeptos a la fenacetina y hay analgésicos de empleo corriente que conducen también a la habituación.

Aun cuando los tóxicos que generan acostumbamiento se usan largamente en terapéutica, apenas una fracción de los pacientes evoluciona hacia la toxicomanía. En las pandillas juveniles hay quienes fuman marihuana o se inyectan morfina, sólo por la emoción y la experiencia. Los americanos las llaman *pop-joys*. Entre ellos también pocos se convierten en adictos; pero las curaciones definitivas entre éstos son, en cambio, del todo excepcionales. Son asimismo excepcionales los habituados que no revelan antecedentes de aberraciones psicológicas diversas y por lo común, inciertas y poliformes. Nadie puede, eso sí, definir o siquiera describir al susceptible. Se anota que proviene más corrientemente de familias de estructura inestable y precariamente albergadas; que manifiestan tendencia a la indolencia, a depender, física y mentalmente, del prójimo y a la vida parásita; que buscan en un escenario de fantasía, la manera de domeñar sus ansiedades y también los impulsos primarios.

Se sabe que el vicio es bastante más raro en muchas comunidades primitivas y que en las nuestras, menudea en las metrópolis y particularmente en los que han inmigrado a ellas. Muchos no podrían afrontar sus exigencias y sus complejidades. En Chicago son ocho veces más frecuentes entre los médicos y un tercio de los adictos, en general, tiene menos de 21 años. Estados Unidos reconoce las tasas más altas del mundo occidental: 60.000 víctimas y Gran Bretaña, una incidencia extraordinariamente baja para la cual se han invocado razones de susceptibilidad social. Ojalá que alguien las entienda.

Del fárrago que suelen ser las publicaciones de los especialistas en toxicomanía, hay, al me-

nos, un conocimiento de aplicación práctica e inmediata. Porque en la trastienda se asentarian siempre problemas de personalidad, la terapéutica ambulante es inoperante: hospitalice al enfermo o no intente curarlo. Para el control algunos países y particularmente Estados Unidos, poseen todo un sistema de espionaje a fin de sorprender a los contrabandistas y vendedores. De cuando en cuando atrapan un embajador u otro pez grande, pero la deficiencia real de la maquinaria aparece dudosa hoy que muchas de estas substancias se pueden preparar sintéticamente en el laboratorio.

A lo largo de la historia más gente ha fallecido por efectos del alcohol y los opiáceos que en aras de la patria o de la religión. La aspirina y otros analgésicos son invenciones recientes y hasta avanzado el Siglo XIX, el hombre civilizado no dispuso de más recursos que la borrachera, el beleño, la mandrágora y la adormidera para aliviar sus sufrimientos físicos. A fin de mitigar “los dolores reumáticos de la cabeza” que lo torturaban, se propinaba ésta De Quincey, el escritor inglés que tanto mal ocasionó, seguramente, exaltando las virtudes de la infusión. En sus Confesiones de un Opiómano declaró que a la influencia negativa de la anestesia, se seguían la apocalipsis —la revelación poética— y el secreto de la felicidad sobre el cual los filósofos han disputado en todas las edades.

En sus Variedades de la Experiencia Religiosa, William James afirma que la embriaguez estimula las facultades místicas, “expande, une y dice que sí”, en tanto que, porque discierne, la sobriedad niega y disminuye. Transporta al adepto desde la periferia desapacible al corazón mismo de las cosas y lo unifica con la verdad. Para el pobre y el analfabeto reemplaza a la literatura y a los conciertos. Unos cuantos intelectuales de que Aldous Huxley parece ser el abanderado entonan hoy loas a los fármacos que modifican el estado de ánimo y que van desde los sedantes y tranquilizadores a que se aludió hasta los estimulantes y alucinógenos.

Huxley llega al extremo de sostener que si bien la vigilia y la conciencia habitual son útiles y, en ocasiones, indispensables, la persona necesita huir de la prisión de su individualidad. Todos nos queremos hasta el límite de la idolatría; pero nos hallamos, a la vez, tan intolerablemente tediosos que precisamos, con mayor o menor frecuencia, escapar de nosotros mismos. De este apremio derivarían el misticismo, los ejercicios espirituales y el yoga, como también las toxicomanías. La farmacología nos brinda la posibilidad de reemplazar los procedimientos —a su juicio, ineptos y nocivos— que se han empleado en estos setenta u ochenta siglos, por drogas que, con los avances de la bioquímica, pueden ser, un día, enteramente inocuas y de enorme eficacia.

Si se prescinde de los aspectos controvertibles de estas interpretaciones, el planteamiento resulta sugestivo y prometedor. Parece establecido que la mayoría de nosotros funciona —cual más, cual menos— a un 15% de su capacidad. Se concibe entonces que la ciencia descubra agentes y métodos que incrementen este porcentaje y nos transforme en seres superiores. No sería menudo milagro. Así y todo, los rusos han de aceptar esta eventualidad, puesto que el Plan Quinquenal se propuso “producir fármacos que regularicen la actividad nerviosa superior y acrecienten el potencial de trabajo”. Contamos ya con diversos estimulantes de la energía psíquica a que solemos recurrir calladamente y que sólo deberían utilizarse por indicación facultativa, porque su uso está todavía erizado de peligros.

En Estados Unidos se venden subrepticamente, fuera de cocaína y heroína, cigarrillos preparados con hojas de cáñamo índico. Particularmente en California los fumadores —entre los cuales se cuentan varios artistas de cine— han provocado escándalos morrocotudos y un galán de la pantalla, al menos, ha estado detrás de las rejas. Se las llama marihuana y son las mismas que se conocen, en Oriente, como hashish. Del nombre de los adeptos —hashichins— proviene el vocablo asesino, porque, bajo la influencia de la droga, no les cuesta gran cosa cometer un crimen.

En un librito muy bello, *Le Club des Hashichins*, Teófilo Gautier describe admirablemente los sueños y las sensaciones a que da lugar: desprendido del cuerpo —“testigo odioso que nos acompaña siempre”— que se hace transparente y se disuelve, inunda al sujeto la beatitud. Se sumerge en un enorme vacío en que, en ambiente suavemente luminoso, discurren miles de millones de mariposas cuyas alas baten como abanicos; cálices de cristal de flores multicolores se abren, como fuegos artificiales que estallan y los sentidos se aguzan de tal modo que el verde, el rojo y otros colores arriban como ondas nítidas y perfectamente perceptibles. Deformados y grotescos, los compañeros de vicio se convierten en seres a medias animal y planta y su espectáculo lo contorsiona de risa. Gracias a las alucinaciones Gautier entendió, por primera vez, cómo pueden vivir los espíritus elementales e incorpóreos.

En la actualidad diversos investigadores e intelectuales con inclinación científica ensayan otros agentes que trasmudan la mente y del cáñamo índico han pasado al peyote o peyotl, un cacto mexicano. Lo ingerían ya los aztecas para lograr exaltación espiritual en algunas ceremonias religiosas. Ultimamente se ha sintetizado en el laboratorio el ácido lisérgico, que se conoce como LSD y es enormemente más activo. Bastan unos pocos microgramos para lograr

manifestaciones similares. Se echa mano de él, con mucha mesura, para facilitar el psicoanálisis, porque induce a los sujetos a revelar confidencias que reprimían, voluntaria o involuntariamente.

Muchas legislaciones sancionan el consumo de estos trasmutadores y prohíben su expendición o exigen receta médica para adquirirlos. Cabe alentar la esperanza de disponer, en el futuro, de métodos inocuos que permitan disfrutar de euforia química y aún acceder, de vez en vez, a uno de estos paraísos artificiales con que sueñan muchos mortales. Por ahora estas diferentes prácticas originan volumen considerable de comercio clandestino e ilícito, de comportamientos antisociales y no poca criminalidad.

#### Alcoholismo, como enfermedad de individuos y de la sociedad.

El alcoholismo ha sido finalmente definido como un síndrome de conducta, de etiología oscura y ordinariamente ligado al consumo inmoderado de la droga, que implica riesgos mayores frente a algunos tipos de mortalidad y morbilidad clínica y social. Se ha comunicado que, en algunas partes del Canadá, afectaría al 5% de la población y en San Francisco de California, al 10% de los varones adultos. En Chile debe haber unos 200 mil casos o sea un número mayor de lo que hubo nunca de tuberculosos. Configura evidentemente el segundo problema sanitario —después de la mortalidad infantil— no tanto por los daños que produce en sí, sino por sus repercusiones sobre la familia y sobre la colectividad. La distribución por sexos —10 a 13 hombres por cada mujer— revela que en su gestación deben jugar primordialmente factores de orden social o antropológico. Hace más de medio siglo los primeros médicos nuestros que se ocuparon del asunto señalaban ya que el gañán y el obrero —en su decir, el 70% de la población— recurren a la botella por tedio, falta de entretenimiento y desesperanza. También hoy el mal está mucho más difundido en las clases bajas.

Los seres ingieren agua para subsistir; los alcohólicos viven para beber alcohol. En esta compulsión reside la llave de una incógnita que acarreo tanta confusión y que apenas ayer empezó a descifrarse. El público piensa en enfermedad en términos de gérmenes que "atacan" al individuo, o de agentes que lo lesionan o de un proceso que se instala en el organismo. Como sólo por excepción el sujeto se ha infligido el daño, no le cabe responsabilidad y es, a la vez, inocente y víctima. Por esta misma razón lo llama paciente: soporta una acción de que, comúnmente, no tiene culpa. Aún a las personas ilustradas les resulta, pues, difícil juzgar con la misma simpatía al sujeto que, en la apariencia, ha desoído tercamente los consejos rei-

terados y resistido o contrariado toda asistencia; empleado artimañas y roto sistemáticamente sus promesas para empecinarse en provocar desgracias a sí mismo y a los demás. Lejos de inspirar compasión, se ganó el ostracismo social y las retribuciones a que se hizo acreedor. No entiende que también él es víctima de un mal que lo acosa y lo atormenta, cuyo origen interpreta peor que nadie y cuyo vencimiento excede de su fuerza de carácter. La iglesia lo sermonea para que se reforme, lo amonesta y lo castiga la ley, lo vituperan parientes y amigos. Aun los médicos pensaban, hasta hace poco, que no merecía la pena malgastar tiempo en un estado de cosas que, por intencional, es también irremediable.

Termina el infeliz sintiéndose como bestia acorralada. No exagera la expresión. Salvo que se trate abiertamente de un psicópata, las recriminaciones ajenas más acres y persistentes paldescen ante el sentimiento de culpabilidad que él mismo experimenta. Tan típico es dicho sentimiento que adquiere, en sí valor diagnóstico. Muchos étlicos declaran que, por tremendas que resulten las torturas físicas en la mañana que sigue a una noche de disipación (*hang-over*), no pueden siquiera parangonarse con la angustia moral que las acompaña y las domina. Ignorando que lo aqueja una enfermedad, se acusa de la ruina que ha desencadenado sobre su suerte y a su alrededor, se tilda de degenerado y se desprecia profundamente. De consiguiente hay pocas actitudes más adversas que empeñarse en despertar su conciencia, a fuerza de arrostrarle su indignidad. Si posee sensibilidad y así acontece a menudo, lo han lastimado, incontables veces, los reproches que él se prodiga y esos otros no conducen sino a que se repliegue más completamente bajo su caparazón y busque refugio en la botella.

Se considera que sufre de alcoholismo crónico el sujeto cuyo consumo de la droga alcanza a cantidad tal como para inhabilitarlo para llevar una existencia próspera y satisfactoria y que ignora sus estragos o no puede mantener control sobre la ingestión, no obstante percatarse de los perjuicios. Si no ha perdido dicho control no se le puede catalogar como enfermo, porque esa compulsión configura el mal. Como apunta certeramente Terhune, pertenece a la categoría quien bebe a sabiendas de que no debería o queriendo vehementemente substraerse a la tentación. Está encandilado como el conejo frente a los faros del automóvil y su necesidad es tan imperiosa como la de robar para el cleptómano. El "descontrol" se traduce también en la incapacidad para detenerse a cierto nivel y en el cuadro clínico destacan, de consiguiente, tres síntomas más o menos patognómicos: esta incapacidad, esa pérdida y los requerimientos ineludibles y crecientes.

A diferencia suya, el bebedor moderado o social se adapta con facilidad a las convenciones en la materia y puede prescindir del licor. En contraste con el adicto que alardea de que puede dejarlo a su antojo, aquél adopta una postura que no difiere radicalmente de la que se tiene frente al teatro y la música, la lectura y el atletismo. El alcohol le permite desprenderse de las realidades, comúnmente crudas, de la existencia trivial y escapar a la esfera despejada y luminosa de la fantasía. Puede que se convierta en excesivo, porque se obstina en buscar en el fármaco, más que el disfrute de un sabor y de un ánimo placenteros, la influencia atenuante que ejerce sobre los conflictos y las tensiones emocionales en que se debate. Dicha influencia disminuye en relación inversa con la tolerancia y demanda, consecuentemente, cantidades cada vez mayores. Agrava esta tendencia la tradición detestable de exaltar aquella tolerancia, exhibiéndola como indicio de masculinidad y celebrando las proezas.

Si bien el bebedor inmoderado y el excesivo se suelen embriagar noche a noche, no se convierten fatalmente en alcohólicos. Estadísticas fidedignas prueban que no se despeña sino uno de cada veinte, aproximadamente. Puede que ante la amenaza de una cirrosis o de otro trastorno grave, acoja el consejo del facultativo y se abstenga, al precio de un sacrificio grande, pero susceptible de realizar. A la inversa el alcohólico es incapaz de extraerse, sin la colaboración inteligente y sabia del prójimo, de la ciénaga en que se aboga. Nada constituye, por tanto, necesidad tan mayúscula como la letanía de que ha de contentarse con tal o cual dosis al día. A mayor abundamiento los cambios repetidos en los modelos de ingestión cotidiana suelen representar otro de los rasgos característicos de la enfermedad.

Por desgracia rige para él, ineludiblemente, la ley del todo o nada: si desea sanar ha de condenarse, de manera irrevocable, a la temperancia absoluta hasta el momento de abandonar el planeta. Porque esta condición aparece *sine qua non*, ha de considerarse que, a pesar de la eficiencia considerable de distintos tratamientos químicos y psicológicos, no se puede hablar aún de verdaderas curaciones. Las reconoceremos cuando los pacientes recuperados no se sientan caminando a la vera de un abismo a que no pueden asomarse siquiera y se reincorporen a la vida colectiva sin quedar sometidos a las privaciones que muchos adoptan y mantienen con esfuerzos casi sobrehumanos. Los alcohólicos anónimos cumplen, incuestionablemente, una labor muy meritoria; pero agrupan, de ordinario, a personas que procuran apoyarse en otras, que precisan protección, confesar su pecado y espíarlo, además de arrepentirse. No representan el padrón más corriente.

### *Las migraciones internas*

Muchas más en el taller que en el tránsito, proporciones cercanas al 80% de los accidentes son ocasionados por algo así como el 5% de los trabajadores. Tampoco esta propensión ha sido establecida acuciosamente. Se sabe que entre ellos hay una concentración de individuos que han sido educados con mucha severidad, que resisten la autoridad, que son permanentemente desaprensivos, entablan relaciones personales de sorprendente superficialidad y suelen escapar de los conflictos por medio de estallidos violentos. Con una descripción así, ¿se atrevería alguien a rehusar empleo o cédula de conductor a un sujeto que pareciera ajustarse a ella?

En el mundo las diferencias en las tasas de suicidio son increíbles e inexplicables. Frustrado o consumado, el fenómeno está preñado de enseñanzas. Constituye error craso que algunas legislaciones castiguen a quienes no lograron ultimarse. Investigaciones extensas revelan que en los que realmente consiguen despacharse, el 90% estaba clínicamente enfermo y en la abrumadora mayoría, de la mente. Dos males representan los dos tercios del total: la depresión maniaco depresiva y el alcoholismo crónico. Una proporción no menor había declarado su intención de matarse y había estado sometido a alguna forma de terapéutica. Por seductoras que sean estas comprobaciones, tampoco tienen utilidad en la práctica, salvo en cuanto indican, al igual que en los toxicómanos, la necesidad de hospitalizar a estos pacientes.

En todas partes del planeta los individuos están migrando del campo a la ciudad. En Ceylán la mera introducción del arado de palo produjo grado apreciable de desocupación y no cabe duda que el perfeccionamiento de las maniobras o procedimientos agrícolas determina rechazo de trabajadores redundantes. De otro lado, atraen no sólo los salarios, aparente o realmente mayores, sino también el embrujo multiforme de la vida urbana. Allá se suele llevar una existencia apacible y sin apremios y disfrutar de la protección más o menos solícita de una familia frondosa. Con el alargamiento de la existencia individual, la disminución de la fertilidad y las estrechas económicas, se fragmenta y se hace conyugal. Pierde así buena parte de su acción protectora y menguante de las agresiones ambientales. En el Africa Occidental el huérfano y la viuda son normalmente acogidos por algún pariente del difunto y en algunas civilizaciones es tradición que uno de los hermanos sobrevivientes despose automáticamente a la cuñada. Ni el sistema de seguro social más avanzado o más perfecto puede sustituir esta forma de protección, al menos porque es emocionalmente neutro e indiferente.

En la ciudad la persona suele sentirse solitaria en medio de la multitud. Tiene que some-

terse a disciplina y puntualidad si quiere desempeñar funciones, aún insignificantes. La diversificación de actividades la obliga comúnmente a abandonar ocupaciones ancestrales en que se refugiaba. Ha de acostumbrarse a manejar dinero y la asalta la incertidumbre de su presente y de su futuro económicos. Ha pasado, sin transición, del caballo y la carreta al ómnibus y el aeroplano. Es la secularización de que hablan los antropólogos. Hay que competir con los demás y tomar constantemente decisiones, aunque sólo sea para elegir una corbata o el medio de transporte. Cuando más el individuo conoce al especiero de la esquina y tiene que habituarse a las relaciones impersonales con sus proveedores y aún con los habitantes del mismo edificio o los trabajadores de la misma empresa. En la jerga de los psicólogos, tiene que "encapsular" cada situación.

La vida normal está hecha de rutina y se desliza como por una cauce. En ella la solterona, además de excepcional, no experimenta nunca la sensación de ser paria y el retardado mental pasa a menudo inadvertido. El tonto del pueblo es apenas manifestación de folklore. Puede que esta vida no sea necesariamente idílica. En todo caso quedó muy atrás el tiempo del salvaje maravilloso cuyo elogio realizó Rousseau y que indujo a Voltaire, *l'enfant terrible*, a postular que la solución de los problemas de la mente residía en que todos anduviéramos en cuatro patas.

#### Prevención primaria y secundaria

Fastidia la opinión de muchos colegas sanitarios de que no se justifica, en Chile, ocuparse de numerosos problemas —así sea de higiene mental— cuando la mortalidad infantil, la incidencia de infecciones entéricas y otras tasas escandalosas, como también la brevedad de nuestra expectativa de vida denuncian que no hemos corregido aún los defectos básicos. En algunos países es costumbre que los campesinos y aún los habitantes de ciudad se confabulen, en un momento dado, para realizar en común una obra que beneficiará a uno de ellos: cultivar el arroz —que es tarea colectiva— cosechar los productos de la tierra y aún construir casa para una familia. Valedero en sí, aquel argumento tendría aplicación si todos los médicos hubiéramos de empeñarnos en una misma tarea. Sólo algunos se interesan por los desórdenes mentales y a éstos no hemos de encargarlos de consultorios para niños sanos y de otras funciones que contribuyen a corregir nuestra penuria sanitaria. A mayor abundamiento los problemas de salud mental ocupan profesionales de otros ramos y el psiquiatra suele meramente ser el jefe del equipo.

En salubridad se trabaja a base de prevención primaria y secundaria. Consiste aquélla en evitar las enfermedades, ejerciendo acción so-

bre uno o más de los factores de la tríada que reconocemos en su producción: mesonero o individuo, agente y ambiente. Se influye sobre el primero, inmunizando al sujeto contra determinadas infecciones y acrecentando, de otros modos, su resistencia. Se desarraigó la viruela de nuestro territorio —no obstante existir intermitentemente en los tres países colindantes: Argentina, Bolivia y Perú— después de mantener cierto tiempo el programa de vacunación obligatoria. Procedimientos tan distintos como la desinfección, los insecticidas que destruyen diversos vectores, la eliminación de polvo que contiene sílice o del plomo en ciertas pinturas importan influir sobre el agente dañino. No cabe duda, sin embargo, que los mayores éxitos se obtienen modificando el ambiente entendido como el conjunto de condiciones ecológicas, sociales y aún culturales en que los hombres viven y se desenvuelven.

La malaria ha retrocedido ante las campañas de saneamiento y con exageración muy discreta, se puede afirmar que no persiste el cólera donde hay agua intubada para la bebida. Porque es de actualidad, procede tal vez mencionar que la fiebre reumática disminuyó sensiblemente antes de que se pusieran en juego los recursos eficaces de prevención y tratamiento específicos. Cabe atribuir el fenómeno al mejoramiento de las circunstancias —frío, humedad y sobre todo, hacinamiento— a impulsos de la civilización y de la elevación de los niveles de vida. Si se logra romper la cadena de propagación, modificando una o todas esas condiciones del ambiente, las posibilidades de defender de enfermedades a gran número de gente son considerablemente mayores que si se actúa sobre los individuos o los agentes. De este modo se alcanzaron los grandes éxitos de la salubridad.

Parece plausible suponer una fenomenología semejante en la esfera de los fenómenos mentales y aceptar que, mediante labor social, se consiga cambiar favorablemente las relaciones de personas y grupos entre sí y el ámbito todo del hogar, la escuela, la fábrica y la colectividad, convirtiéndolos en saludables para la mente. Porque la palanca es, precisamente, la acción social, la psiquiatría ha de desembocar en la medicina preventiva y social más que en la clínica.

Por bien cimentado que esté este planteamiento no es más ni menos quimérico que prever la desaparición de los males orgánicos y sólo pretende señalar dónde se sitúan los objetivos de la psiquiatría preventiva. Se pregunta G. R. Hargreaves: ¿se puede detener la difusión de estos desórdenes y hacer que la salud mental sea contagiosa? Agrega que la estrategia a largo plazo no debe, eso sí, invalidar la urgencia táctica de reducir la patología mental. Para intentarlo los psiquiatras estarían —en su sentir— mal apercibidos, en cuanto no son gene-

rales sino "sectarios": virtualmente, ninguno se interesa, a la vez, por el psicoanálisis y la teoría neurofisiológica.

Abunda la nosología que todavía no sabemos precaver. Estamos así casi ayunos frente al cáncer, las cardiopatías y muchos otros grupos mórbidos. No es del todo excepcional, por ejemplo, que sobrevenga un infarto del miocardio, aún letal, en un sujeto que se halla bajo la vigilancia de un cardiólogo competente. En casi toda esa patología se puede, en cambio, practicar prevención secundaria, esto es impedir su agravación y la invalidez a que suele dar lugar, a la vez que asegurar al paciente una existencia más larga y más cercana a la normal. Se obtiene mediante el diagnóstico precoz, la terapéutica y la vigilancia continuadas, el régimen de alimentación y de vida y la rehabilitación. La incapacidad de la medicina aparece más obvia aún en la esfera mental. En ella apenas cabe ejercer prevención primaria en la parálisis general y en la psicosis por pelagra o alcoholismo, tratando adecuadamente la sífilis, la deficiencia nutritiva y el etilismo.

Porque los desórdenes psiquiátricos se manifiestan por dificultad para vivir en el medio social requieren, para la secundaria, mayor continuidad de cuidado y tratamiento, rehabilitación y readaptación. Dicha prevención secundaria en que conviene concentrar, por ahora, los esfuerzos en higiene mental escolla con los enormes requerimientos de personal calificado. En muchas partes la salubridad encontró en los médicos sus principales propulsores y también destructores de singular inclemencia. Algo semejante ha de ocurrir con la psiquiatría preventiva. Mientras más engraidos están los clínicos con el origen privilegiado y cuasi sacerdotal de su función, más menosprecian a los colegas que se ocupan de problemas colectivos y de masa. Resulta difícil explicarles, además, que en éstos se puede ejercer acción a base de conocimientos precarios.

Como apunta también Hargreaves, Snow sofocó un estallido epidémico de cólera con la mera medida de retirar la manilla de la bomba para extraer el agua en una noria de la Calle Ancha de Londres mucho antes de que se supiera del vibrión causal; Goldberger combatió la pelagra antes de que se la reconociera como síndrome de carencia, y hoy se pueden, seguramente, evitar algunos cánceres pulmonares, absteniéndose del cigarrillo, en circunstancias que los cancerígenos del tabaco no han sido identificados con certeza.

*La salud mental en los países desarrollados y en desarrollo.*

Se calcula que en el Occidente —del cual nosotros quedamos aparentemente excluidos— habría en la población un 10% de neurosis, un

3 y medio por mil de psicosis y cerca de un 2 por mil de retrasados. En Estados Unidos la prevalencia de los desórdenes mentales alcanzaría a un 5,2 por mil y de ellos 550 mil casos se hallarían en hospitales, 130 mil defectuosos en instituciones especiales y otros 100 mil bajo vigilancia. Más de 10 millones requerirían asistencia psiquiátrica de un tipo u otro, que importaría un desembolso anual de unos 350 millones de dólares. Las consultas respectivas representarían la mitad de la práctica privada. En las ciudades un 10% de los habitantes sufriría alguna afección mental a lo largo de la vida. Se suicidan cerca de 20 mil individuos. Las tasas más altas de stos suicidios, como asimismo de muertes violentas, toxicomanías y conducta antisocial se registran en naciones —Australia, Dinamarca, Estados Unidos, Suiza— que disfrutan de mayor riqueza material, estabilidad política y legislación protectora.

¿Qué sucede entre nosotros? Con ocasión del V Congreso Mundial de Salud Mental, la Universidad de Toronto auspició, a mediados de 1954, unos seminarios que, aproximadamente, obedecieron al título general de asociación entre higiene mental y salubridad (*mental health - public health partnership*). A mi saber no hubo antes iniciativa semejante. Cuando formulé la invitación no aceptó mi excusa de que carecía completamente de competencia en psiquiatría, porque el propósito era, precisamente, que los sanitarios nos enfrentáramos con los psiquiatras. Difícilmente se concibe que otros dos grupos puedan deliberar con mayor grado de provecho y de placer\*. Desde entonces se han multiplicado estos coloquios y las publicaciones que dan cuenta de sus resultados.

En nuestras deliberaciones se impuso un motivo principal de controversia\*\*. Casi sin excepción los participantes que provenían de países subdesarrollados sostuvieron que en ellos los desórdenes mentales aumentan ostensiblemente y cabe predecir que persistirá esta tendencia. Sus antagonistas calificaron el incremento de falaz y ocasionado por el mero desarrollo de servicios y especialistas.

En apoyo de nuestro aserto adujimos el proceso de "secularización", la intensificación de las tensiones, la imposición de disciplina y puntualidad en las empresas, la disminución del efecto estabilizador de la iglesia y la familia y otros fenómenos que trae consigo el avance de la civilización. Nos separamos sin dilucidar el

\* Estos seminarios dieron origen a un libro (*Mental Health and the World Community*), que publicó la Federación Mundial de Salud Mental y donde la contribución del autor aparece con el título de *Chile at the Cross-roads*.

\*\* No vale la pena detallar, puesto que está analizada en el capítulo de esa obra que el autor tituló *Mental Health Needs are Ubiquitous: the Case of Chile*.

desacuerdo y manteniendo nuestras posiciones respectivas. Algún colega chileno habría de imponerse la tarea de resolver el punto. Podría comenzar investigando las consecuencias de hechos notorios. Insinuemos unos pocos.

Los psiquiatras nos han convencido de que, entre los 6 y los 30 meses o algo así, el niño necesita indispensablemente mantener relación continua con su madre o con una figura de madre. A nadie inquietan, sin embargo, las hospitalizaciones en gran escala a esta edad. Paul ha dicho que internarlo entonces es más peligroso que dejarlo jugar en una arteria de la vía pública con mucho tránsito. En los pleitos de separación que entre nosotros son tan pintorescos, se acostumbra entregar la custodia de los hijos menores al cónyuge que aparece como víctima del otro, en circunstancias que las indiscreciones eróticas —motivo primordial de estas disoluciones— no impiden ser buen padre o buena madre. Nuestras leyes de adopción son arcaicas y dañinas y parecen destinadas a salvaguardar a los padres adoptivos y no a satisfacer las necesidades materiales y biológicas de las criaturas.

En un diapasón seguramente distinto que en las naciones desarrolladas, la familia —el microcosmos en que se incuba la personalidad— está cambiando rápidamente también en los nuestros y todas las variaciones aceleradas atentan contra la estabilidad y determinan inseguridad y ansiedad. El aumento de la expectativa de vida en Chile que, en el medio siglo último, puede estimarse en más de 25 años; la disminución de la mortalidad en edades intermedias y otros factores demográficos y sociales han reducido manifiestamente el ámbito de ese microcosmos y separado las generaciones. En el pasado debe haber sido mucho más común que nuestras mujeres fueran madres a los 18 años y abuelas antes de los 40 y echaran al mundo legiones de niños. El individuo tenía entonces varios hermanos y una treintena o más de primos.

Dejieran algún escepticismo las campañas de alfabetización que se emprenden en condiciones de vida cívica ordinaria, como la nuestra. La lacra tremenda del analfabetismo se combate proveyendo los recursos para que todos los niños acudan a la escuela en momento oportuno. Suponiendo que tengan éxito, ¿qué ocurre con los individuos que aprendan a leer tardíamente, con los que poseen un cociente intelectual demasiado bajo y nunca fueron sometidos antes a un esfuerzo que los pusiera en evidencia?

La contemplación de la Villa Olímpica o de otra de las enormes poblaciones que se han levantado últimamente induce a cavilar si alguien estará averiguando las perturbaciones de distinto tipo que ha de gestar la acumulación, en un lugar distinto de gentes venidas de muchas partes. ¿Qué consecuencias acarrea entre noso-

tros la migración interna, la urbanización precipitada, el trabajo femenino o la hospitalización en masa de las parturientas a que alguien atribuyó la frecuencia de los incestos? A muchos nos angustia el volumen enorme y creciente de los abortos cuyo estudio revela que a ellos recurren mayor número de casadas que de solteras. ¿No habrá aquí componentes psicológicos y de todos modos, qué pasa con las chilenas que se someten repetidamente al procedimiento, o quedan dañadas, o estériles?

¿Sería demasiada audacia sugerir que algún psiquiatra arrojado averigüe el porqué del papel desastroso que juegan las Fuerzas Armadas en nuestras Repúblicas latinoamericanas? Debería arriesgarse un compatriota, puesto que las nuestras representan una de las pocas excepciones honorables. Porque se le está estudiando con seriedad y diligencia, no se alude, en este punto, a nuestro alcoholismo nacional, que representa, a todas luces, un problema de psiquiatría social.

*La psiquiatría es una disciplina joven y de desarrollo peculiar.*

No deja de ser sugestivo que, en Chile, no haya virtualmente psiquiatras anteriores a nuestra generación y que los especialistas actuales que han adquirido relieve y formado escuela sean contemporáneos entre sí. La decisión de incorporarse en esta esfera debe haber sido heroica en el momento de adoptarla. En Europa se dice que la verdadera psiquiatría cuenta apenas con unos veinte años. En todo caso se desarrolló en aislamiento soberbio y nocivo, como también de modo peculiar y muy distinto que las otras especialidades. Sólo en el curso de su evolución, desembocó y se unió a la medicina clínica primero, y más recientemente, a la social.

La historia de las casas de locos o de orates y de los manicomios antes de que se transformaran en hospitales psiquiátricos es una de las páginas más sombrías y más vergonzosas de la historia de nuestra profesión. En la primera mitad del siglo XIX, Geoffrey Knight, que introdujo la música, como agente terapéutico, en su asilo de Lancaster County y Connolly, que señaló la importancia de vestuarios dignos, aun en pacientes violentos, agresivos y ruidosos y particularmente en las mujeres, fueron precursores que se adelantaron mucho a su época y apenas dejaron huellas.

Mucha agua debió pasar debajo de los puentes antes de que se impusiera este concepto y se crearan los hospitales diurnos, las hosterías nocturnas, los establecimientos para defectuosos mentales, educables e ineducables, los centros de ocupación, las aldeas y los talleres protegidos, los clubes de tímidos, de alcohólicos o meramente sociales, los consultorios de conducta, las sesiones de psicoterapia colectiva y de psicodrama y los mil y un recursos y agencias de que hoy disponen las naciones desarrolladas.

Todavía en la época contemporánea los pacientes eran individuos confinados en instituciones detestables por orden del juez o por la voluntad de algún pariente próximo, a menudo sin intervención del facultativo —que tampoco existía en dichas instituciones— y por la fuerza o con engaño. Porque resultaban inmanejables e importaban peligro público, había simplemente que proteger a la comunidad y a ellos, entre sí. En esas condiciones hicieron sus primeras armas los psiquiatras. Algunos de ellos y mucha gente abrigan la dulce ilusión de que, después de los esfuerzos filantrópicos de Vives, Pinel, Dorothy Dix, Beers y Adolf Meyer, han desaparecido los sistemas brutales de otra época; aunque no por entero la noción de que precisa defenderse contra ellos y domeñarlos.

En uno de nuestros hospitales los psicópatas estaban recientemente o continúan encerrados en celdas y mis ojos han visto, en varias partes de Asia, a estos infelices en un anexo de la cárcel, vapuleados, desnudos y macilentos. Hasta la instauración del régimen actual, el mayor hospital psiquiátrico de Cuba era una canonjía para provecho del médico director y de una dama altamente situada. Se embolsan casi todo el dinero provisto para la alimentación de los asilados y muchos, desnutridos y pésimamente guarecidos, se morían de frío en los inviernos del trópico.

Instituciones en que desaparecieron las camisas de fuerza, las cadenas, el látigo y los duchazos de agua fría todavía suelen disponer de presupuestos mínimos y del todo insuficientes. Ordinariamente son la Cenicienta de los servicios de asistencia médica. En cambio, los ingleses están recibiendo a sus alcohólicos en los hospitales generales y en las policlínicas se atienden muchas psicopatías. Todavía más importante, la medicina psicosomática está sirviendo de puente entre la general y la psiquiátrica. Más que aquella, ésta sigue siendo arte aplicado y no ciencia propiamente tal. La tradición del psiquiatra es, seguramente, muy antigua, puesto que el hechicero es, en realidad, antepasado suyo y no de los galenos en general.

### *Magnitud de los problemas mentales.*

La primera guerra mundial hizo estallar la preocupación por el torrente de psiconeurosis que se adjudicaron entonces a los efectos bélicos y se denominaron *shell-shock*. Dicho reconocimiento sacó al psiquiatra del hospital; pero lo llevó a una relación meramente singular con el paciente. Sólo después advirtió la magnitud tremenda que el problema importa a permanencia. Se estima que, en las naciones avanzadas la psiconeurosis ocasiona más ausencias al trabajo que el resfrío común. Estos pacientes, que serían cinco veces más frecuentes que los cardiopatas y algo más entre varones que entre

mujeres, representarían los dos tercios del globo de la patología mental. A su vez serían doce veces más comunes que la psicosis, que afecta doblemente al sexo masculino y aumenta sensiblemente con la edad.

Ante estas comprobaciones el psiquiatra comprendió que no hay posibilidad alguna de afrontar dicho problema por medio de la psicoterapia individual, larga, costosa y sutil. Se convenció de que habrían de emplearse los procedimientos de masa que maneja la salubridad. Añoró, además, al médico de familia que ha sido la llave en estos casos. De consiguiente, muchos psiquiatras modernos campean en defensa del práctico general, que ha de encargarse de auxiliar la mayoría de estos enfermos, saber referir al especialista los demás y entender la repercusión psicológica de toda enfermedad. Abogó asimismo porque esta psicoterapia menor —que es, al mismo tiempo, terapéutica y profiláctica— forme parte esencial de la educación del estudiante. Para el propósito debería recibir una experiencia psiquiátrica similar a dicha práctica general.

Hace algo más de cien años no estaba claro quién era médico. Consagrado como profesional, existió después, realmente, pero circunscrito a la clientela que lo podía pagar y alcanzó la cumbre de su prestigio en la primera mitad del siglo actual. Parece paradójico que haya ocurrido así en un momento en que su competencia técnica era bastante precaria, en comparación con la que ha adquirido posteriormente. Provenía dicho prestigio y la consideración de que gozaba en la colectividad de que se había convertido en consejero y sostén de su clientela. A él acudía no sólo para que curara las dolencias, sino para que ayudara en la solución de conflictos y aun para que consolara en las aflicciones.

Era el médico de familia y para serlo bueno, debía poseer penetración psicológica y echar mano, acaso sin percatarse claramente, de la psicoterapia. Repetimos que en la era optimista de Pasteur y Koch, se exaltó la preocupación obsesionante por las causas específicas y el facultativo desvió su atención hacia el caso: vale decir, se interesó por la enfermedad más que por el sujeto a quien aqueja. Con un dejo de exageración se comentó que necesitó ocuparse de éste, porque la dolencia no pudo ingresar al establecimiento sino con la persona que la sufre.

Por otra parte se le enseñó casi exclusivamente la patología que requiere la hospitalización —“la verdadera medicina”— y experimentó desilusión al verificar que esa patología difiere substancialmente de la que forma el grueso del ejercicio privado. Aprendió cuanto pudo sobre la enfermedad, poco sobre el paciente mismo y nada sobre la repercusión que aquella determina sobre la familia y la colectividad.

Muchas naciones han tenido el buen juicio de conservar el médico de familia y en más de una, se percibe ahora afán por situarlo en el centro mismo de toda la organización. Dan prueba del surgimiento de los colegios y asociaciones de prácticos generales, denominación con que se les suele reconocer. En las nuestras se advierte un empeño exagerado y nefasto por fomentar las especialidades, a pretexto de que así lo exige el progreso de la ciencia, en circunstancias que la ciencia médica y el ejercicio profesional son cosas bien diferentes. Osler dijo que en este ejercicio importa más conocer a la persona que la enfermedad de que adolece.

Una observación puede resultar elocuente. Según Watts y Watts, el médico general de Gran Bretaña —que, no obstante la división arbitraria de sus ramas, constituye el eje del Servicio Nacional de Salud— atiende, en el año, 25 casos nuevos de desórdenes mentales por cada mil individuos que registra en su lista. Nacionalmente representan más de un millón en el año y de ellos, dos tercios tienen carácter psiconeurótico. Si el ejercicio llegara a fragmentarse como pretenden los campeones del sistema de especialistas a outrance, ¿quién se va a encargar de estos pacientes?

### *Epílogo*

Quizás no parezca aventurado presumir que el esbozo de algunos conceptos de un sanitario puedan servir de inspiración. Evidentemente nuestra psiquiatría clínica progresa a pasos agigantados y es de esperar que contemos pronto, en varias partes del país, con cierto número de establecimientos especializados y de tamaño mediano (200 a 300 camas), en que los enfermos residan en circunstancias próximas a la normal.

Es de esperar asimismo, que se multipliquen los consultorios, tanto independientes como anexos a los hospitales generales. Nosotros debemos abogar por que se suscite la formación de médicos de familia y se les coloque en el eje mismo de la organización asistencial; por que se investigue el panorama global de los desórdenes mentales y su conducta epidemiológica, como también la influencia que en ella ejerzan los cambios sociales y de otro orden que lleva aparejada la civilización, y por que se desarrolle la psiquiatría preventiva, que empieza a brindar, en otros territorios sus primeros frutos.

Como apunta Dubós, probablemente el mundo nunca fue un Edén, porque nunca estuvo estático, sino un Valle de Decisiones, donde la necesidad de cambiar y adaptarse a las nuevas circunstancias resulta indispensable para disfrutar de cierto grado de bienestar y felicidad. Imaginar una vida libre de conflictos y tensiones no pasa de ser especulación estéril. Por cuanto es esencialmente dinámica y el hombre no puede renunciar a la aventura que significa el progreso espiritual y material, ha de crear nuevas condiciones que sean propicias para su desarrollo en plenitud.

Chile está caminando a zancadas y de seguro, la sociedad está experimentando transformaciones, que, por desgracia, no han sido observadas acuciosamente. No es arriesgado suponer que dichos cambios están generando una patología mental distinta y más abundante. Si bien las averiguaciones que se practican en otras partes tienen aplicación limitada, en nuestro caso, pueden servir de guía. Urge emprender estudios sociológicos y antropológicos y explorar la tierra incógnita de esa patología mental.